

AL FINAL

Hola. ¿Qué tal? Sí, sí, te digo a ti, no apartes tu mirada de mí. ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así? Ah, ya se, claro. No me imaginabas así. Tanto tiempo de mentiras, mitos y leyendas sobre mí, burlándoos en mi propia cara, haciendo de mí algo sobre lo que creéis que podéis decidir; pero ya ves que no es así. Yo soy la mayor peste sobre vuestra raza, y a la vez soy el aliciente más importante sobre vuestra vida, el que da sentido a todo a lo que hacéis. ¿Me sabes decir qué sentido tendría todo si yo no estuviera aquí, haciendo de vosotros algo tan finito y efímero? Os aburriríais de ser inmortales. No disfrutaríais de la vida si no supierais que esta tiene un fin, que algún día se acabará y ya nada volverá a ser como antes. Y precisamente tú acabas de llegar al final. ¿No te da pena estar en un lugar tan deprimente para hacer un paso tan importante? Hasta esas secas flores que tienes a tu lado saben que tu destino está muy cerca. Si quieres podrías quitarte todos esos cables y tubos: con o sin ellos hoy te vendrás conmigo. Vaya, aún te quedan fuerzas para hacerlo. Fíjate, me has caído bien. Me sentaré a tu lado un rato más. No tenemos ninguna prisa.

Qué rápido pasa el tiempo, ¿verdad? Cuando eras pequeño me veías como algo tan lejano que ni siquiera se te ocurría que fuera real. Yo aún no había llegado a tu lado, hasta que tuvimos nuestro primer contacto cuando perdiste a tu abuela, esa que te defendía de las regañinas de tus padres y te preparaba esos tazones tan ricos de leche con miel. Cuando supiste que ya nunca volverías a verla, que todo lo pasado con ella ya era un recuerdo, cuando te diste cuenta de que no recordabas tus últimas palabras hacia ella, y cuando descubriste que nunca jamás volverías a beber uno de esos tazones de

leche con miel, fue cuando comenzaste a tenerme algo de respeto. Y es normal, no puedes estar toda una vida ignorándome.

Pero tu verdadero contacto conmigo, cuando entraste en la cuenta de que yo estaba ahí y que llegaría a ti algún día, fue aquella insomne noche de verano, en plena juventud, cuando de pronto te entró el miedo, sin saber por qué. Incluso te mareaste. Todo por que de pronto te diste cuenta de que en tu película había un “fin”, y después nada. Eso es todo: Nada. Aterroriza ¿verdad? Pensar que un día lo tienes todo en tus manos y que al día siguiente ya no hay nada. Suerte que eras joven y comenzaste a tratar de disfrutar cada momento de tu vida como si fuera el último. Cada fiesta, cada beso, cada momento con un amigo.

Hasta que al fin me viste la cara por primera vez en tu vida. Y no como una pesadilla en medio de la noche, sino como una realidad. Un cáncer Terminal. El fin ya tan próximo que al principio incluso te parecía lejano. Eso es lo peor de todo: saber que vas a morir, que nadie puede hacer nada por salvarte, y ser tan joven que aún no has llegado a ese momento al que llegan los más ancianos, ese momento en el que sientes que ya has vivido tu vida, que no te queda nada por hacer, no te queda casi nadie a tu alrededor, y que ya es la hora de dejarlo todo y llegar a esa nada. Pero tú eras joven, aún te quedaba mucho por vivir, por disfrutar y por aborrecer. La vida es tan injusta, pensarás. Y la verdad es que sí.

¡Vaya! Ya están aquí. Han venido a decirte adiós. Están en el pasillo. ¿No oyes sus voces? No, claro. Ya están muy lejos para ti. Tu esposa está tras esa puerta, y tú no

puedes abrirla, besarla y quererla como nunca. Si realmente existiera un infierno, sería así.

Bueno, dame la mano. Ya es la hora. Mira tu cuerpo, tan débil y vulnerable. Ahora sólo será polvo. ¡Mira!, tu esposa se ha adelantado. Pero ya es muy tarde para vosotros. Todo va a acabar. Sabe que no le sirve de nada gritar a una enfermera para que vuelva a enchufarte a la corriente eléctrica, y aún así lo hace. Ya te toman el pulso. Es horrible ver este momento ¿verdad? Te dejaré despedirte de ella. Los humanos soléis preguntar eso de “¿por qué necesitamos tan poco tiempo para decir hola, pero tanto para decir adiós?”. Yo te daré la respuesta: porque se tiene toda una vida por delante para decir hola, pero sólo unos minutos para decir adiós. Ahora llegan tus pocos minutos de despedida. Sé que necesitarías horas, incluso días, para decirle todo lo que tienes que decirle. Pero no hay más tiempo. Dile eso que siempre has querido decirle. No ese “te quiero” que se ha convertido en una frase vulgar sin ya ningún significado sentimental puro. Dile que te irías a cualquier parte con ella, que ella eres tú y tú eres ella, que el amor se os desborda por todos los poros de vuestra piel, y que vas a ser inmortal en ella. Díselo.

Ya es la hora. Ya sabes lo que ocurre al final. Será mejor que nos vayamos cuanto antes. Ya llega la “nada” que te ha atemorizado durante el “todo” de tu vida. Porque a partir de ahora eso es lo que hay: nada. Al final nada es lo que parece ¿verdad? No tengas miedo, ya ha acabado todo. No tengas miedo.